



Homilía de II Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Habla, que tu siervo te escucha.”

Introducción

El domingo pasado celebrábamos el bautismo del Señor, siendo ese evangelio una transición entre las fiestas de la Navidad, que culminan en la Epifanía siendo el bautismo una espléndida teofanía, y el tiempo ordinario. En el Evangelio de este domingo Cristo comienza su misión redentora por sus obras y por sus palabras. Su primer gesto profético es la llamada a los primeros discípulos. Todo un Dios que se ha hecho hombre para implicarse en nuestra vida necesita de los hombres para llevar a plenitud el sentido de su misión. El único que puede salvar al hombre no nos quiere salvar sin contar con nosotros. La gran misión de la Salvación de Jesús no la quiere hacer como un acto solitario y autosuficiente, sino como un acto creador de comunión y comunidad; forma tan diferente de cómo nosotros solemos proceder en nuestro mundo.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 3, 3b-10. 19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios. El Señor llamó a Samuel, y él respondió: - «Aquí estoy.» Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: - «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.» Respondió Elí: - «No te he llamado; vuelve a acostarte.» Samuel volvió a acostarse. Volvió a llamar el Señor a Samuel. Él se levantó y fue a donde estaba Elí y le dijo: - «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.» Respondió Elí: - «No te he llamado, hijo mío; vuelve a acostarte.» Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel, y él se fue a donde estaba Elí y le dijo: - «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.» Elí comprendió que era el Señor quien llamaba al muchacho, y dijo a Samuel: - «Anda, acuéstate; y si te llama alguien, responde: "Habla, Señor, que tu siervo te escucha."» Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y le llamó como antes: - «¡Samuel, Samuel!» Él respondió: - «Habla, Señor, que tu siervo te escucha.» Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse.

Salmo

Sal 39, 2 y 4ab. 1. 8-9. 10 R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito; me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. R. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio. R. Entonces yo digo: «Aquí estoy –como está escrito en mi libro– para hacer tu voluntad.» Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R. He proclamado tu salvación ante la gran asamblea; no he cerrado los labios; Señor, tú lo sabes. R.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 6, 13c-15a. 17-20

Hermanos: El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor, para el cuerpo. Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Huíd de la fornicación. Cualquier pecado que cometa el hombre queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicación peca en su propio cuerpo. ¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? El habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios. No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 35-42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: – «Éste es el Cordero de Dios.» Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: – «¿Qué buscáis?» Ellos le contestaron: – «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?» Él les dijo: – «Venid y lo veréis.» Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: – «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).» Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: – «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).»

Comentario bíblico

Seguir a Jesús es sentirse "llamados"

Los textos de este domingo IIº del Tiempo Ordinario nos presentan el tema de la “vocación”, de la llamada. Sabemos que Jesús llamó a algunos discípulos que le siguieron. Pero la llamada es para todos, no solamente para privilegiados o para perfectos. Sin vocación, la vida no tiene sentido y menos una vida “religiosa” si esta la entendemos como don y como gracia. Porque también hay que saber recibir los dones y las gracias.

Iª Lectura: 1º Samuel (3,3-9.19): Habla Señor, que tu siervo escucha

I.1. La lectura de Samuel nos relata la vocación profética de Samuel, el niño que la madre consagró a Yahvé como prenda por haberle concedido el don e la maternidad. Pero no basta, para ser un profeta u hombre de Dios, que nuestros padres nos destinen a ello. Hace falta una “llamada”, la vocación, y la respuesta más personal a la palabra de Dios. Samuel, que sería un profeta que habría de conducir al pueblo hasta la llegada de David, vivía con el sacerdote Elí en el santuario donde estaba depositada el arca de la Alianza. Los hijos de Elí, por el contrario, no seguirían los pasos de su padre, no heredarían su carisma; al contrario, sería Samuel el llamado por Dios para ser su profeta; porque el profetismo no se hereda, ni es una institución que se aprenda, sino que hay de descubrirla.

I.2. La vocación de Samuel se describe con rasgos propios de las leyendas antiguas, en las que se oye la voz de Dios. En el silencio, en la noche. Es una experiencia fascinante que no le deja dormir al muchacho. Estima que es Elí quien le llama, y es éste quien se da cuenta que es Yahvé quien está por medio en todo este asunto. Y así el maestro le

enseña a decir a discípulo, no como un rito, sino como el don de la propia vida: «habla, Señor, que tu siervo escucha». Escuchar la voz de Dios en la vida personal es un verdadero reto, que no todos saben afrontar. Elí, el viejo sacerdote-profeta, tiene experiencia de Dios y se la comunica a alguien que está en disposición de ello; lo contrario de lo que sucede con sus hijos. No es lo mismo vivir con “vocación” que sin ella. Esta vocación se descubre de muchas formas y de muchas maneras: unas veces buscando y otras sin que sepamos por qué. Es evidente que estamos hablando en el contexto de una experiencia religiosa extraordinaria, lo que es respetable. Debemos ser capaces de ver a Dios, de escucharle si queremos, en las realidades de nuestra vida personal y de los que nos rodean. No habrá vocación, sin embargo, si no estamos dispuestos a escuchar a Dios.

IIª Lectura: 1 Corintios (6,13-15.17-20): El cuerpo revela nuestra interioridad

II.1. La segunda lectura está tomada de 1ª Corintios, una carta muy compleja desde muchos puntos de vista. Y para comprender esta carta y este texto de hoy debemos conocer algunas cosas de aquella comunidad de la capital de Acaya, en la que Pablo se empeñó a muerte en su misión de apóstol y en ofrecer una identidad verdaderamente cristiana a esta comunidad. Se trata de un texto que debemos saber contextualizar y conocer por qué lo escribe San Pablo. Corinto era una ciudad famosa por su santuario a Afrodita, la diosa del amor, al que acudían gentes que llegaban a la ciudad doblemente portuaria desde las regiones lejanas y limítrofes. El hecho de la prostitución sagrada era una perversión del amor y de la sexualidad humana según san Pablo. Precisamente por ello el apóstol hace una teología del «cuerpo» humano, que no es la carne y la sangre, aquello que nos llevará a la muerte; sino de lo más interior a nosotros mismos, que es lo que no podemos entregar a la irracionalidad. La “antropología” bíblica que subyace en esta concepción del cuerpo del texto paulino es manifiesta: no es dicotómica, dualista, sino es una realidad única: interior-exterior, alma-cuerpo.

II.2. Esto, probablemente, lo escribe Pablo, porque algunos convertidos al cristianismo no veían inconveniente en participar en esos ritos sagrados de la sexualidad, y por ello afronta la cuestión desde la clave más profunda de la fe cristiana: la resurrección de los cuerpos, que volverá a afrontar en el c.15 de esta misma carta. La sexualidad forma parte de nuestro ser; si la entregamos al comercio y a lo irracional, pierde todo el valor positivo que el Creador ha puesto en ella; la reducimos a la animalidad. Pero ni lo irracional, ni lo animal están llamados a la resurrección. El cuerpo no es simplemente lo exterior, lo que se ve, lo que se gasta: el cuerpo lleva en su seno el misterio de la persona, de la interioridad, de la misma libertad. Por eso si entregamos nuestro cuerpo a cualquiera o a cualquier cosa, eso es una idolatría. Es decir, estaremos sometidos a los ídolos, que no son más que irracionalidad y ceguera. La actualidad de este tema hoy, sabemos que se puede cifrar en entregar nuestro cuerpo, nuestra persona, nuestra mente y nuestra voluntad a la droga o al dinero. También aquí, con esta simbología del “cuerpo”, se sugiere la verdadera dignidad de nuestra vocación humana y cristiana.

Evangelio: Juan (1,35-42): ¿Dónde habitas?

III.1. El evangelio de hoy nos presenta la forma en que Jesús acogió a sus primeros discípulos. No se hace por medio de una llamada concreta de Jesús, - como sucederá después con Felipe, Jn 1,43ss-, sino de otra forma distinta. Probablemente en el evangelio de Juan hay una intencionalidad manifiesta: el paso de los discípulos del Bautista a Jesús. Es una escena que viene después de la presentación que Juan el Bautista ha hecho de Jesús a sus seguidores. Por eso, como respuesta inmediata, dos de esos discípulos (uno de ellos se identifica como Andrés, el hermano de Pedro), se interesan por la vida de Jesús. De ahí la pregunta: “Maestro ¿dónde habitas?”. No es necesario entrar en la cuestión del “otro” discípulo, que, desde luego, no es necesario identificar con el discípulo amado, y tampoco a éste con Juan el hijo del Zebedeo en cuanto autor de este evangelio, como muchos han defendido y siguen defendiendo. El evangelista subrayaba así que Juan el Bautista había cumplido su misión; ésta había terminado, y sus seguidores debían atender a aquél que él llama el «Cordero de Dios». No podemos establecer con seguridad los puntos históricos de esta narración. No sabemos a ciencia cierta si eso fue así, ya que la tradición de los evangelios sinópticos parece más primitiva y nos habla de la llamada directa de Jesús a Pedro y a su hermano Andrés, para que dejaran sus redes y le siguieran.

III.2. ¿Dónde vivía Jesús? No se nos dice en el relato, porque su intención es poner de manifiesto que su modo de vida es lo que se describirá a lo largo del evangelio. Han visto ya algo que fascina a estos discípulos, para dejar al Bautista y seguir a Jesús, y comunicar la noticia al mismo Pedro. Con ello, el Bautista no se encuentra desairado, porque en otro momento él mismo dice: «es necesario que El crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30). Así, pues, una vez que Juan el Bautista ha cumplido la misión que le correspondía –según se piensa en la tradición cristiana que Juan, como los sinópticos, recoge-, llega el momento de “seguir” a Jesús, de vivir con él, de contemplar su morada. El simbolismo del evangelio joánico enriquece verdaderamente esta escena sobre la iniciativa de los discípulos. No los ha llamado el Maestro, pero Juan sí les ha trazado el camino. A veces, alguien puede descubrirnos nuestra “vocación”; lo importante es saber discernir y poder dedicarse a ello.

III.3. El encuentro de Pedro, con Jesús, es presentando en Juan de una forma muy particular, distinta a los sinópticos. Aquí se adelanta su hermano Andrés en su decisión a seguir al Maestro. Pero lo que importa siempre es la disposición. El que Pedro reciba un nombre nuevo “Kefas”(piedra), con todo lo que ello significa, forma parte también del misterio vocacional. Un nombre nuevo es un destino, un camino, una vida nueva, una misión. Todo esto está sugerido en esta escena vocacional. Desde luego, aceptar a Jesús, su vida, su ideas y su experiencia de Dios, no puede dejarnos donde estábamos antes. Todo ha de cambiar, sin que haya que exagerar actitudes espirituales o morales. Seguiremos a Jesús y su evangelio, y volveremos a sentir la necesidad del perdón y de la gracia, porque la debilidad nos acompaña siempre. Pero con un nombre nuevo se nos dice que el horizonte de nuestra existencia es Aquél que trae la luz y la vida al mundo, como se pondrá de manifiesto en todo el evangelio joánico.



Fray Miguel de Burgos Núñez
Maestro y Doctor en Teología. Licenciado en Sagrada Escritura

Pautas para la homilía

Los caminos del Señor son inescrutables.

La primera lectura y el Evangelio tienen en común el tema de la vocación en su sentido más preciso: es Dios quien llama al hombre a seguirle de una manera misteriosa; misteriosa y plural. En estos relatos vemos como la manera de llegar a Dios y a Jesús es diferente y sorprendente: Elí, sumo sacerdote completamente desprestigiado ante los ojos de Dios y de su pueblo, es el encargado de guiar al gran profeta Samuel hacia la respuesta correcta para Dios, Juan el bautista es el que señala a los que eran sus discípulos cual es el verdadero “Cordero de Dios” y uno de ellos, Andrés, es el que va a buscar a su hermano Simón Pedro para llevarlo ante Jesús. Si continuase el relato evangélico veríamos como se completa con la vocación de Felipe, al que esta vez el propio Señor llama (Jn 1, 43) y finalmente con la de Natanael que encuentra a Jesús por indicación de Felipe (Jn 1, 45). ¿De qué nos está hablando esta variedad de situaciones? En primer lugar de que Dios se sirve de infinitos caminos e incluso de caminos impensables para los hombres (como es el caso de Elí) para manifestarse y seducir a los hombres. La vocación, que es la llamada de Dios para todos los hombres a vivir en su plenitud, siempre nace de Dios como un don, como un regalo, pero puede llegar a nosotros a través de muchas mediaciones: un hermano (Andrés), una persona que admiramos (Juan), nuestra comunidad de fe, nuestro trabajo o desde nuestras aspiraciones más altas (la verdad o la belleza). Las mediaciones así no sólo se nos presentan ocasionales sino necesarias para nuestro camino de fe. En definitiva tenemos que afirmar que los caminos por los que Dios nos llama y entra en nuestra vida “son inescrutables” (Rom 11, 33).

Conocer a Jesús es una experiencia vital.

Las lecturas de este domingo también nos hablan sobre cómo se conoce a Dios. El conocimiento de Dios no es un mero acto intelectual sino un acto vital. No es una actitud estática sino sobretodo dinámica. En primer lugar vemos como Samuel aun “estar acostado en el templo, donde estaba el arca de Dios (...) no (le) conocía (...) pues aún no le había sido revelada la palabra del Señor”. La proximidad física e intelectual no implica el conocimiento, sino que éste sólo se da cuando el hombre se pone en movimiento (se despierta) y se dispone a la escucha de la Palabra. Lo mismo le sucede a los discípulos, que al acercarse a Cristo no le preguntan por su identidad sino por donde vive. La respuesta de Jesús es el paradigma de la forma de conocer a Dios “venid y veréis” (Jn 1, 39). La búsqueda de Dios es algo que ha de implicar todas nuestras capacidades y todo nuestro ser. Ha de ser una experiencia profunda que ponga en juego a la persona. En definitiva nos hemos de jugar la vida para ganar la vida nueva que Cristo nos regala. Además es una

experiencia dinámica. Si nos fijamos en las dos lecturas cada vez que aparece Dios o Jesús llamando al hombre implica un movimiento: un desplazamiento desde el lugar donde estaba dormido (Samuel) o en reposo (los discípulos con Juan). Esto nos está hablando de que la única manera de conocer al Dios de Jesús es poniendo en movimiento nuestras vidas para seguirle, olvidarnos de todas nuestras estabilidades físicas, mentales y emocionales para estar abiertos a su mensaje; en definitiva el ser unos peregrinos por la esperanza en este mundo hacia la plenitud del Reino de Dios.

El encuentro con Jesús cambia nuestra identidad.

Hasta ahora hemos visto que implica esta llamada a la vocación cristiana, al seguimiento de Jesús, por parte del hombre; pero ahora nos queda por analizar que implica por parte de Dios. Jesús no sólo invitó a sus discípulos a permanecer con Él sino que les dio una nueva vida y una nueva identidad. El caso paradigmático de ello es Pedro. De él nos dice el evangelio que Jesús se le quedó mirando, lo reconoció y le cambió el nombre (Jn 1, 42). Jesús, cuando nos acercamos hacia Él para recorrer juntos el camino de la vida, nos trata de la misma forma. En primer lugar nos mira fijamente y con cariño porque no le somos indiferentes. El camino del discipulado no es el de una masa siguiendo a un líder mediático o carismático, sino el de una comunidad viviendo y compartiendo con el Rabí su vida, su enseñanza y su misión. En segundo lugar nos reconoce, nos llama por nuestro nombre porque lo sabe, conoce nuestra historia, nuestras debilidades y nuestros miedos y aún así no tiene reparo en llamarnos y confiar en nosotros. Por último nos da una nueva identidad: a Simón le llamó Cefas y a cada uno de nosotros nos da para empezar la nueva identidad de ser hijos de Dios, hermanos en Cristo y templos del Espíritu Santo como nos recordaba hoy san Pablo. Una nueva identidad que no anula nuestra antigua identidad, como sería el caso de una secta, sino que la lleva a la plenitud. Pero este nuevo nombre no es sólo algo propio sino que implica una misión, un papel en el plan de Dios para con los hombres. Pedro es llamado así no sólo por capricho sino porque “sobre esta piedra construiré mi Iglesia” (Mt 16, 18).

Todos tenemos un nombre y una misión para la obra de Dios en el mundo. Descubrirlo es una de las mayores aventuras de amor que implica la vocación cristiana. Sólo de Dios nos viene este nuevo nombre porque sólo de Dios nos viene la vida en plenitud. Además estas lecturas nos ayudan a recordar que todos somos prescindibles para los planes de los hombres, pero ninguno de nosotros somos prescindible para los planes de Dios.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Evangelio para niños

II Domingo del tiempo ordinario - 15 de Enero de 2012



Los primeros discípulos

Juan 1, 35-42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: - Este es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y, al ver que lo seguían, les preguntó: - ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: - Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? El les dijo: - Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró a su hermano Simón y le dijo: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: - Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro).

Explicación

Juan Bautista dijo a sus seguidores, refiriéndose a Jesús: Ese es estupendo y el único a quien merece la pena conocer y seguir. Y sus discípulos se fueron con Jesús y le preguntaron: Maestro, ¿dónde vives? Jesús les contestó: Venid y lo veréis. Y se quedaron con él.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Los discípulos de Juan Bautista escuchaban entusiasmados las palabras que éste les dirigía. Y le hacían muchas preguntas.

ANDRÉS: Juan, háblanos del Mesías. Quisiéramos conocerlo.

DISCÍPULO: Dices que le bautizaste en el río Jordán. Pero, si es el Mesías ¿por qué le bautizaste tú?

JUAN: Preguntáis muchas cosas, y sólo puedo deciros que el Mesías es más importante que yo.

ANDRÉS: ¿Cómo de importante Juan?

JUAN: Tan importante que no soy digno de desatar la correa de su sandalia.

NARRADOR: En ese momento, fijándose en Jesús que pasaba, dijo:

JUAN: Este es el cordero de Dios. Mirad que se acerca; él podrá responder a todas vuestras preguntas.

ANDRÉS: ¿Vamos a su encuentro? A mí me gustaría saber algo más de Jesús.

NARRADOR: Andrés y el otro discípulo se despidieron de Juan y se acercaron a Jesús. Éste les vio titubeantes y les preguntó:

JESÚS: ¿Qué buscáis?

ANDRÉS: ¡Maestro! ¿dónde vives?

JESÚS: Venid y lo veréis.

NARRADOR: Andrés era uno de los que oyeron a Juan y fue en busca de su hermano Simón.

ANDRÉS: ¡Simón, ven conmigo! ¡Hemos encontrado al Mesías!

SIMÓN: ¿Tu maestro, Juan Bautista, es el Mesías?

ANDRÉS: ¡No, qué val! El Mesías es Jesús.

SIMÓN: ¿Jesús? ¿qué Jesús?

ANDRÉS: ¡Pues Jesús! Espera..., le llamaré. ¡Jesús, Jesús, sal por favor! quiero presentarte a mi hermano.

JESÚS: Tú eres Simón, el hijo de Juan.

SIMÓN: ¿Y cómo lo sabes?

JESÚS: Desde hoy te llamarás Cefas.

SIMÓN: ¿Y qué significa eso?

JESÚS: Significa Pedro, porque tú eres la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández